

los ramos del saber humano, y bajo el segundo, como la egida mas poderosa que la voluntad puede oponer á los embates de las pasiones. Este doble proceder está contenido en el principio teológico; y este principio que por una parte es y debe ser el tema de los seminarios conciliares, y por otra la garantía mas preciosa y competente de la verdadera virtud, dilata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el orden meramente científico no es mas que la concordia entre la *razon y la fe*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir *la naturaleza protegida por la gracia*.

Ya lo habéis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fe, todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podrémos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoi dividen la inteligencia podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnimoda independencia y pretendida soberanía de la razon; y he aquí el *porqué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoi por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen mas espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teoló-*

gica. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud. Entre estos establecimientos hai unos que no han perdido su antigua filiacion, y que sin ser extraños á los verdaderos progresos de las ciencias, han opuesto de continuo á las innovaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofia, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y ha pugnado vigorosamente por desquiciar en lo absoluto los fundamentos de la religion y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que le comunica la union estrecha del racionio con la fe, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnimodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicacion constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filosóficas, han triunfado en los mas empeñados encuentros, y puesto á salvo de todos los nau-

fragios los eternos é inmutables principios en que está vinculada la ciencia del hombre y de la sociedad. Estos hechos, de cuya verdad responde la experiencia de los siglos, era natural que produjesen el encono mas implacable en el ánimo de ciertos filósofos para quienes la regla de la conducta y los principios del orden están reducidos al sistema de la duda y al arte de destruir. Por esto se ha combatido siempre la educacion eclesiástica; por esto los establecimientos nacionales regidos por el clero fueron las primeras víctimas de la revolucion francesa; por esto se ha tomado tanto empeño en desalojar, cuando ménos de su punto dominante, el principio religioso en algunos planes de estudios; por esto hemos visto figurar la *Moral de Holbac* entre los libros elementales asignados para un colegio, y por esto finalmente el buen sentido de la nacion mejicana no ha sido parte á impedir que un ruido sordo de maligna desaprobacion haya venido á deslizarse hasta los umbrales antiguos y respetables de estas casas, que por espacio de tanto tiempo han dado sus ministros á la Iglesia y sus magistrados á la República.

¿Y con qué derecho, señores, se ha disputado el que tienen los colegios eclesiásticos á la estimacion y reconocimiento de aquellos hombres que mas vivamente se interesan en la conservacion de la Iglesia y en la prosperidad de la patria? ¡Ah! los sensualistas nos tachan de retrógrados é ilusos, porque sostenemos el espiritualismo y abrimos el corazon á tendencias mas nobles que la boga del tiempo y los goces materiales de la vida. Los eclécticos nos excluyen de su comunión, porque asociamos en el sistema de nuestras investigaciones el dictámen de la razon y las luces de la fe: finalmente, esa

misma escuela que bajo el nombre de teológica, parece invitarnos con la nobleza de este título, no presenta un sistema de unidad, y ha sufrido la lei del exclusivismo ambicioso de los unos, de las exageraciones de los otros, sin que todavía se manifieste en aquella respetable economía que debiéramos prometernos mediante la aplicacion exacta y universal del principio teológico. He aquí porque ninguna de estas escuelas ha reunido hasta hoi todas las simpatias de los colegios eclesiásticos. Siempre sobrios, siempre justos, siempre sometidos á la autoridad docente que los preside, admiten en su seno cuanto no altera la armonía de la razon y la fe, y repelen con firmeza cuanto puede menoscabar los derechos de la primera con la autoridad irrecusable de la segunda.

¿Será pues un capricho, una intolerancia culpable, una fanática rigidez, una sobriedad retrógrada, el motivo de nuestras convicciones y la inamovilidad de nuestras creencias? Así se explica, señores, nuestra conducta, y es en extremo vago y confuso el movimiento de las ideas reinantes, para que dejásemos nosotros de pagar este contingente de sufrimiento á las preocupaciones y caprichos de nuestro siglo. Pero si consecuentes á nuestras máximas, toleramos con resignacion los embates de las pasiones; fieles á nuestros principios, no debemos justificar con nuestro silencio las acusaciones que nos hacen principalmente los partidarios del pasado siglo. Es una gloria para la Iglesia y para un Estado católico poner al frente de sus profesiones públicas una verdad incontrastable, y haber salvado el principio teológico en el ataque mas fuerte que se le ha hecho jamas, en ese desencadenamiento frenético de la razon contra la fe, donde todas las ciencias y las artes, todos los principios de la sociedad, toda

la heterogeneidad de las opiniones, todos los recursos desoladores del poder revolucionario, se hicieron servir á la causa de la irreligion y la inmoralidad; y es muy grato para nosotros ver esas vidas momentáneas que han tenido las opiniones filosóficas, sufriendo el mas humilde y vergozoso contraste con el vigor perdurable de esos establecimientos de la Iglesia, que parecen adquirir mayor solidez y brillo á medida que se ejercitan mas en los combates.

Reflexionad, señores, sobre la suerte que ha corrido la escuela sensualista, calculad los progresos que podrá hacer la escuela ecléctica mientras no restituya á la parte dogmática lo que le corresponde; ved en seguida, si merece el nombre de teológica una escuela que carece de unidad; y á la vista de estos desengaños, y sin género ninguno de prevención, examinad el carácter de nuestro principio teológico, su influencia científica y moral, la prodigiosa muchedumbre de sus relaciones intelectuales, la infalibilidad reconocida de sus máximas, la perenne fecundidad de sus medios para rectificar el sistema de las acciones, los pormenores y el conjunto de su economía; y arrastrados por el poder de la evidencia, tendréis la satisfacción de convenir en que un establecimiento donde reina el principio teológico tiene á su favor todas las ventajas, mientras un establecimiento que le excluye reúne todos los inconvenientes.

Para juzgar definitivamente las cualidades relativas y el mérito de estas diferentes escuelas, basta considerarlas en sus resultados. El mas general de todos es la versatilidad incesante de las doctrinas, la inaquiescencia de las convicciones, el desconcierto frequentísimo entre lo especulativo y lo práctico, la anarquía perdurable en que permanece la sociedad filosófica. El espíritu de secta

que siempre ha propendido á dogmatizar, extendiendo la influencia de un principio mas allá de lo que permiten la extension y el número de los objetos á que tal principio pueda referirse, ha causado no pocos trastornos en el campo de la investigacion y desnaturalizado extremadamente el genio propio de la filosofía. De aquí esa variedad de escuelas que han ido apareciendo sucesivamente en Europa en los tres últimos siglos, desde que Newton, Leibnitz, Descartes y Bacon presentaron al talento esos nuevos aspectos bajo que podian ser considerados los diversos ramos de las ciencias. Los rápidos impulsos que estas recibieron en consecuencia de una revolucion tan feliz, como la que debe la filosofía al poder intelectual de estos cuatro escritores, hicieron esperar y con fundamento, que organizándose el sistema de los estudios sobre principios mas reconocidos y mejor sentados, adelantaria la sociedad prodigiosamente, demarcándose con mas precision y exactitud los diversos puntos de separacion y de contacto que á causa de sus diferentes objetos tienen y guardan entre sí todos los conocimientos humanos. Pero el hecho es que sucedió de otra manera: el principio material invadió los dominios del espiritualismo, trató de someter al criterio de los sentidos cuanto cae bajo la inspeccion de la inteligencia, y confundiendo hasta este punto los elementos del verdadero saber, no hizo mas que reunir de antemano los combustibles en que mas tarde habian de ser lastimosamente inmoladas la moral católica, la sana política, la sensatez de las naciones y todas las nobles esperanzas del individuo y de la sociedad. Dios quedó relegado al pais de las abstracciones; y nivelado el hombre con la condicion del bruto, las pinzas del anatómico buscaban

con arrogante solicitud nuestras ideas y nuestros pensamientos en las fibras cerebrales, el fatalismo substituyó á la libertad, el egoismo á la justicia, la conveniencia al deber. El cultivo de las ciencias metafísicas se consideraba como una inocente locura, el estudio de la religión cristiana como el ocio del fanatismo, la mutua proteccion que se debian y prestaban recíprocamente la Iglesia y el Estado, como un obstáculo insuperable para el verdadero progreso de la sociedad: el espíritu fué nada, la materia todo: por consiguiente, el interes monetario constituyó la basa de la justicia, y las ciencias físicas, desnudas de sus relaciones morales, el ornato exclusivo del talento y del genio.

¿Porqué triste fatalidad ha de estar la filosofía condenada siempre á las exageraciones, y comprometida violentamente en el error, cuando mas empeñada se muestra en extender sus dominios y hacer mas practicables y seguros los senderos de la verdad? Señores, he aquí una cuestion que tienen resuelta definitivamente la experiencia y la fe: porque basta echar una rapidísima ojeada sobre la historia filosófica del pasado siglo, para descubrir las verdaderas causas de este trastorno universal. Conquistarlo todo, conquistarlo por sí misma, y no dividir con nadie los frutos de tal conquista, he aquí un lema señaladísimo, donde reconocemos la filosofía del pasado siglo. Queriéndolo conquistar todo, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su poder natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperacion de la fe, y se hizo impía, sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caracteres del espíritu, la existencia y la magestad

de los dogmas, y la historia siempre viva de la religion y la Iglesia, la filosofía cortó de golpe estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambicion sin el sentimiento de su ineptitud, se docidió por el mundo corpóreo y se atuvo solo á los sentidos. Esta consecuencia era precisa; y no debemos extrañar, que el materialismo haya venido á reemplazar aquel imponente y magestuoso conjunto de objetos que la razon íntimamente ligada con la fe habia puesto á la vista del filósofo, para ennoblecer sus procedimientos y dilatar prodigiosamente la esfera de las investigaciones.

Y ¿qué dirémos de la escuela ecléctica? Verdad es, que en todas sus ramificaciones hai un fondo comun de espiritualismo, verdad es, que por todas partes son llamados los espíritus á investigaciones mas elevadas que las que provoca el sistema de la sensacion, y que el hombre y la sociedad son aquí vistos bajo un aspecto mas noble y un sistema de relaciones mas digno; pero tambien es cierto, que todas son racionalistas, que todas pretenden crear y perfeccionar la ciencia, regularizar las costumbres y acelerar la sociedad á su fin con abstraccion absoluta de la fe, con independencia de toda autoridad docente, y sin contar con otros recursos, que los mui reducidos y poco seguros de la razon humana. „El racionalismo, dice un orador célebre de nuestros dias, ha perdido á la humanidad por la duda que parece su término natural..... Dos veces ha reinado en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado.” (*) Ni podia ser de otra ma-

(*) LACORDAIRE. *Sermon VIII. De la doctrina de la Iglesia en general, de su materia y de su forma.*

nera: el mismo principio que sirve de apoyo á la escuela racionalista es un elemento fecundo de division y de trastorno: porque sancionando aquel los derechos sobre la demostracion y el convencimiento, claro es, que no queda ni mision estable ni autoridad reconocida: cuantos poseen la facultad de discurrir, alegan el derecho de proponer; y cuantos hallan interes en resistir á tales ó cuales opiniones, alegan la independencía de su razon, para no rendir al talento el vasallaje de la inteligencia. No hai medio: ó anarquía perpetua en la sociedad, ó alianza fiel y continua entre la razon y la fe; ó someterse á la influencia de un principio universal y divino que contenga, explique y gobierne á todo el hombre, ó dejarse arrastrar á los abismos de la duda; ó principio teológico, ú omnimoda y perpetua nulidad.

Mas este principio, tan fecundo y grande cuando obra todo y sin violencia, aparece mezquino é impotente, cuando se le tiende la mano para someterle al dominio de la razon. ¿Queréis una prueba? Volveos á esa misma escuela teológica. Talentos clásicos y genios de primer orden llaman á juicio la historia antigua y la historia contemporánea, la filosofía, la moral, las ciencias, las artes, la literatura, al hombre bajo todos sus aspectos, á la política en sus inmensas ramificaciones, á la sociedad en sus formas diversas é innumerables vicisitudes: ven el desconcierto universal de las opiniones, sienten de continuo el calor de las disputas perdurables, observan con asombro la rapidez prodigiosa con que se suceden los sistemas, reconocen á cada paso la esterilidad de todos los esfuerzos del racionalismo, por todas partes escuchan el estruendoso clamoreo de los entusiastas, que aplauden el progreso y que se muestran deslumbrados por el esplen-

dor que despiden todas las antorchas del filosofismo; pero notan, así mismo cómo gana extension en el espacio la inmensa y tenebrosa nube que sustrae á la vista del hombre la revelacion de su ser, y encubre á la sociedad el arcano de su origen, la ciencia de su accion y el verdadero cuadro de sus destinos. Entónces hojean el libro de la antigüedad, piden á la historia el secreto del orden, de la paz, del saber y de la virtud, que se han visto reinar en otras épocas. Un rayo feliz ilustra de concierto su entendimiento y su corazon: comprenden por último, que todo subsiste por la fe, y que todo se arruina sin la fe: columbran el secreto de una reforma universal: van á ensayarla. ¿Qué sucederá? ¡Dichosos ellos, y la sociedad dichosa, si ésta y aquellos se colocan bajo el poder del principio; pero desgraciados todos, si intentan someterle al poder de la razon. Por desgracia, señores, no sucedió de otra manera. Pero oigamos á este propósito, las observaciones que hace el orador que acabamos de citar. „Sobre „las ruinas que el racionalismo habia amontonado en re- „dedor vuestro, hubo hombres de talento, que experimen- „taron la necesidad de volverse hácia la fe; pero en vez „de mirar á la santa cruz, en cuyo rededor se agolpa la „multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse „por su propio vuelo á la region de los misterios; y osa- „dos en el deseo de edificar, como lo habian sido en el „furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enar- „bolar el misticismo (*) en medio de la capital de Francia. „Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumir

(*) El autor habla aquí del misticismo filosófico, y no de lo que llamamos mística, y por esto tacha de irreflexivos á los que le enarbolaron en la capital de Francia.

„su obra á la luz del día, porque para destruir no se necesita mas que la insolencia de un rudo ataque; miéntras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente, incapaz de fundar un gran monumento, „(†) necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer „su poder en el corazon del hombre.”

No sucede lo mismo, cuando conteniéndose la razon dentro de los límites de su luz y en la esfera de su poder, adopta, abraza y aplica el principio teológico en cualquiera de los muchos órdenes que á él están y han estado sometidos por una lei imprescriptible de la verdad. Su luz es inmensa, ilumina de un golpe la naturaleza y los misterios, revela todos los arcanos; su poder es incalculable, pues pasa por el corazon para rendir al entendimiento; su extension es infinita, pues abraza el gran sistema de las relaciones universales que ligian esencialmente á la creacion y la Divinidad. Nada verdadero, sólido y justo hai en las otras escuelas, que no se halle por entero en la escuela católica; nada erróneo, vago, imperfecto, caprichoso ó maligno, que haya contaminado jamas la pureza del verdadero principio católico: porque abraza y comprende al mismo tiempo las deducciones mas netas del raciocinio y las revelaciones y dogmas de la fe. En las otras escuelas nada hai completo, en la católica nada trunco; allá siempre mezcla de verdades y errores, acá la verdad siempre libre: allá vicisitudes con-

(†) *La verdadera mística, no es en verdad un orden comun, sino extraordinario; pero tampoco es una aspiracion, ni menos desprovista de unidad: obra de un modo singular y exclusivamente interior; pero sus efectos son tan sublimes, como gloriosos los monumentos que ha dejado á la admiracion.*

tinuas, aquí una marcha uniforme; allá divisiones perennes, acá unidad absoluta; allá perdurable anarquía, acá orden fijo, union constante, economia perpetua. „Posee, pues „la doctrina católica una doble forma, la forma de la razon y la forma de la fe: no es ni una ciencia absoluta, ni una fe pura y sencilla: ve y no ve, demuestra y se „subyoga: es luz y sombra, semejante á la nube milagrosa que alumbraba á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¿Le exigís hechos? os citará los „hechos mas grandes del mundo. ¿Le exigís principios? os „los mostrará tales, que resaltarán hasta en lo mas profundo „del entendimiento, y abrirán allí anchas vias. ¿Le exigís „sentimientos? Llenará vuestro corazon agotado. ¿Le exigís „el signo de la antigüedad? Le posee. ¿La fuerza de la „originalidad? Se ha levantado mas de mañana que vosotros, y os sorprenderá por su juventud. Pero una „vez iluminados, convencidos, arrebatados por ella, ¿querrá „cada uno de vosotros arrancarle el velo que oculta parte „de su magestad? Entónces os hará caer en tierra, diciendo: *Adora y calla.*” (*)

V.

Os he manifestado, señores, el verdadero carácter de nuestro principio teológico. Habéis visto su inmensa capacidad. Comprende á todo el hombre y estrecha íntimamente el orden natural con el orden sobrenatural. Colocados desde esta altura, comprenderéis que bajo la influencia benéfica de este principio la razon no puede padecer extravío, ni el entendimiento esterilidad, ni la voluntad impotencia. Convencidos debéis estar de que en

(*) LACORDAIRE. *Obra y sermon citados.*

este orden rigurosamente eclesiástico todo ha tocado los términos de la perfección en el orden especulativo, y todo ha reunido las garantías de la felicidad en el sistema de lo práctico. Los mas varios conocimientos vienen á filiarse en la moral católica, que les da sus títulos y gobierna su aplicacion: nada ha quedado por definir ni por resolver, desde que la razon humana ha entrado en los caminos de la fe, y el albedrío se ha colocado bajo la influencia de la gracia. He llamado tambien vuestra atencion hácia las escuelas filosóficas de nuestra época. Las conocéis, y á la vista de los secretos resortes que han puesto en acción las facultades de sus gefes y de sus discípulos, estáis presenciando el mismo cuadro que ostentaba el mundo antiguo en el tiempo de los sofistas. Con algunas variaciones en el colorido y en la forma, con algunas novedades mas ó ménos accidentales, con cambios sucesivos en las decoraciones, estamos viendo representar el mismo drama con diversos actores. ¿Qué habéis encontrado, señores, de positivo, grande y verdaderamente social en esos arranques frenéticos de la inteligencia, en esos vapores malignos de las pasiones políticas? Triste es decirlo, mas triste el conocerlo: muchas palabras, pocas ideas; innumerables teorías, pocas verdades; proyectos sin fin, ningunos resultados; promesas fastuosas, pero miserias, horrores y crímenes por todas partes. Tal es el fruto de las escuelas filosóficas. Ellas no podían producir por cierto otros resultados, cuando partiendo de la independencia de la razon, han comenzado su carrera de progreso introduciendo el cisma, digámoslo así, entre los elementos primitivos y esenciales de la verdad y del bien. ¿Qué podia resultar de aquí? Hable por mí uno de los filósofos que no pueden ins-

pirar grandes recelos á los mas entusiastas partidarios de la libertad. „Uno de los mas peligrosos errores de nuestro siglo, dice Lammenais, es no considerar al hombre bajo otro aspecto que el de sus relaciones para con el hombre, y el separar en lo absoluto la sociedad presente de la sociedad futura, á la cual quiso Dios que todo estuviese subordinado en el orden que se dignó establecer. Ya desde entónces esta sociedad pagera, lo mismo que el hombre, ni tiene fundamento alguno en que apoyarse, ni objeto con quien estar unida. Puesta en la necesidad estrecha de crearse fuera de la naturaleza un nuevo modo de existencia, marcha al azar, de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones; y la vemos con espanto atravesar rápidamente espacios desconocidos, como si se sintiese perseguida por un funesto genio. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas no hai poder, porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre: no hai deberes tampoco, porque, ¿en virtud de qué habia de deber el hombre alguna cosa al hombre? Luego desórden absoluto, luego muerte.”

„¿Y no será esta la causa secreta de esas agitaciones que fatigan á la Europa de treinta años á esta parte? Dificil me parece el que no se advierta en la mayor parte de los pueblos no sé que vaga inquietud que los impele constantemente al cambio, un mal estar general, y como una penosa dificultad de ser. Cerradas las puertas de la vida, se buscan otras nuevas: he aquí lo que se llama el movimiento del siglo, el progreso de las luces y de la civilizacion: palabras pomposas con que nosotros nos empeñamos en cubrir nuestra irreparable miseria. Nada mas que esto pretende nuestro orgullo de-

„gradado: sobre un esqueleto inmundo, echa un manto
„púrpura, y vedle aquí contento.”

„Despues que se ha perdido la verdad, quieren reem-
„plazar su falta con la ciencia; pretenden que esta sea
„todo en la sociedad, religion, moral, felicidad: empéñanse
„por último en que los hijos de Adan vivan del fruto
„que mató á su padre.” (1)

¡Oh si la profundidad de este último pensamiento lle-
gara á sondearse por los hombres que mas influyen hoi
en los destinos de la sociedad! su reinstalacion, señores,
seria infalible, y nada problemático su progreso hácia la
felicidad! Por lo que á mi toca, me basta poner aquí las
escuelas filosóficas en frente de nuestra doctrina católi-
ca, dejando á vuestra discrecion y sabiduría que decida,
si en la cuestion de la enseñanza y educacion pública
debemos incorporarnos en ese laberinto de sistemas, que
sin embargo de su variedad y oposicion, tienen todos de co-
mun el designio de regenerar la sociedad con la aplica-
cion de ese funesto principio que le dió la muerte desde
que apareció en el mundo; ó si ménos presuntuosos y mas
prudentes, hemos de volvernos hácia esa otra escuela, que
nos ilumina toda la esfera del saber con la doble antor-
cha de la razon y la fe, y nos comunica ese vigor di-
vino que nace de la concordia, de la naturaleza con la gracia.

Paso sin transicion, de nuestras ideas sobre el prin-
cipio á nuestras convicciones sobre los medios.

VI.

Estos no son en la realidad, señores, sino el mismo
principio en el vario sistema de sus aplicaciones, su me-

(1) *De l'education du peuple.*

tradicó y profundo desenvolvimiento en el progreso de la
inteligencia y en el gobierno del corazon. Esta aplicacion
ha de hacerle resplandecer por lo mismo, en las doctrinas,
en las prácticas y en las personas á quienes esté cometida
la direccion general y particular de este colegio. La pureza
y universalidad de las primeras, la bondad intrínseca de las
segundas, la suficiencia de las terceras, deben hacer es-
perar que los medios, tocando al objeto por una parte, y
al principio por otra, muestren una sucesion continuaz
ordenada y sistemática en los pormenores, y una perfecta
unidad en el conjunto.

Mas que, se dirá: ¿el principio teológico puede exten-
derse hasta esos ramos que giran con absoluta indepen-
dencia de los misterios? ¿el principio teológico puede bastar
á todos los pormenores que en sí contiene el gran sis-
tema de la educacion? ¿el principio teológico exige de
parte de los regentes mayor número de garantías, que las
que prestan un talento claro, un saber profundo y una
conducta honrada? Señores, he aquí tres cuestiones, que
no han dejado de movernos una filosofía bien conocida,
con un plan bastante indicado en el orden con que las
he propuesto, y con unas miras detestables, que ha ve-
nido á poner en claro la experiencia de un siglo. La
filosofía incrédula, despues de haber sufrido todas las derro-
tas en el campo de la controversia, buscó en el descrédito
de los seminarios recursos nuevos para ganar el triunfo.
Era preciso argüir de limitada la instruccion eclesiásti-
ca, y resolvió negativamente la primera cuestion: era pre-
ciso argüir de insuficiente para la cultura social la edu-
cacion eclesiástica, y por tanto el deísmo resolvió la
segunda en el mismo sentido, para que el siglo adop-
tase su código de urbanidad; era preciso secularizar los

colegios, y la filosofía resolvió negativamente la tercera cuestion. Es tambien preciso, para honor de una causa tan digna, hacer ver la universalidad del principio teológico en el sistema de la enseñanza, la suficiencia de la educacion religiosa en el órden social, la importancia del magisterio eclesiástico en esta clase de establecimientos.

VII.

La primera discusion á donde nos llama la filosofía racionalista es la universalidad de este principio en el sistema de la enseñanza: entremos pues en materia.

Dejo aparte desde luego una observacion que han hecho los mas insignes escritores contra las ideas que dominan en la época presente. „Instruid á los pueblos, derramad „entre ellos la mayor copia de luces incorporadlos en las „grandes discusiones filosóficas y políticas, y los haréis felices.” He aquí el grito de la escuela progresista, que se ha figurado haber descubierto el secreto y conquistado el derecho de regenerar á la sociedad. Otra escuela menos presuntuosa, pero mas discreta, mas sábia y mas prudente, ha visto en estos clamores el mas completo extravío que ha podido sufrir la razon en materia de política: ella dice al contrario: „moralizad los pueblos, y la sociedad será perfecta.” (1) Dejemos á un lado esta célebre cuestion, para fijar el verdadero estado de la nuestra.

No se trata de sumar los artículos de dos enciclopedias para conceder la universalidad á la que dé una diferencia mayor sobre la otra: el principio teológico es

(1) *Vease la nota A al fin de esta memoria.*

universal, pero no enciclopédico: tampoco se trata de ese cambio continuo de ideas y de formas, ni de esa estéril fecundidad de teorías nuevas que cada filósofo discurre para fijar de algun modo la atencion; la universalidad del principio teológico consiste en sus caracteres intrínsecos y esenciales: en lo especulativo es la verdad, en lo práctico es la justicia, en todo es la moral. Se trata de las relaciones directas ó indirectas, es decir, científicas ó morales, que puede tener un principio con todos aquellos conocimientos teóricos y prácticos que se enderezan y encaminan á la perfeccion y al bienestar del género humano. Considerada la cuestion bajo este aspecto, decimos que el principio teológico es esencialmente universal, y cualquiera otro que le excluya ha de ser por precision limitado y particular: porque el principio teológico posee todos los elementos de la ciencia, posee todos los elementos de la conducta: cria y fecunda los conocimientos teóricos, perfecciona y moraliza los conocimientos prácticos, ilustra y ennoblece las letras y las artes. Si de aquí pasamos á otros aspectos bajo que puede considerarse esta universalidad, dirémos, con un célebre escritor moderno, que reúne todos los géneros de universalidad: „la de las personas, pues que el mas simple y „tosco le siente con tanta plenitud, como el genio mas profundo: la de las acciones, pues que no hai virtud que „no prescriba, ni perfeccion que no aconseje, ni vicio „que no condene, ni crimen que no castigue; la de las „circunstancias, por último, pues que sigue al hombre en „las diversas vicisitudes de la vida, le hace llenar todos „los deberes de su estado cualquiera que sea, gobierna „sus pasos mas secretos, penetra hasta la profundidad inaccesible de su pensamiento, é incapaz de quedar satisfecho